

TEMAS TEOLÓGICOS

ENRAIZADOS EN LA REALIDAD

P. Luis Ovando Hernández, S. I.*

Abstract:

What is the particular place that today should hold an ordained minister in the Church and in Society? This essay responds to the invitation made through the Letter of Pope Benedict XVI's proclamation of a priestly year due to the occasion of the 150th anniversary of the Dies Natalis of the Curé of Ars. Can the place of a priest be determined by its role? Or is its essence that places and locates him? With these reflections we want to give a simple contribution that will help to live a more forceful and incisive priesthood, as requested by the Pope.

Keywords: *ordained minister, its essence, its role in the Church, its place in Society, incisive priesthood.*

INTRODUCCIÓN

El pasado 19 de junio, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, con ocasión del 150° aniversario del «Dies natalis» de Juan María Vianney, su Santidad el papa Benedicto XVI inauguró un Año Sacerdotal, con miras a promover la renovación interior de los sacerdotes, de modo que el testimonio que dan en el mundo «sea más intenso e incisivo».

Para el Santo Padre el sacerdocio es un don que Dios hace a su Iglesia y a nuestra historia humana. Con sencillez recuerda emotivamente a todos esos curas que han vivido –y viven– coherentemente el mismo estilo de vida de

* El P. **Luis Ovando Hernández** es un jesuita venezolano. Después de su ordenación sacerdotal, se ha dedicado a la formación de los jóvenes jesuitas, al trabajo pastoral en sectores populares de Caracas y a la teología. Es doctor en Teología Dogmática por la Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente es profesor del ITER y Coordinador Nacional del Centro de Espiritualidad y Pastoral de la Compañía de Jesús en Venezuela. Correo electrónico ovando39@gmail.com

Jesús de Nazaret: muchos de ellos son hombres cuya misión la llevan a cabo sin descansar, anónimamente, incluyendo a todos los hombres y mujeres en sus «corazones traspasados» (así definió Karl Rahner al sacerdote, como el hombre del corazón traspasado), que saben de dificultades y reveses, pero que apoyan su vocación y estilo de vida en la amistad íntima con nuestro Hermano Mayor, Jesús, y en la entrega desinteresada a la construcción del Reino.

Ser ministro, es decir, tomarse en serio el servicio dentro de la comunidad cristiana, ocupando siempre el penúltimo lugar, pues el último se lo apropió Jesús de tal manera que ya nadie se lo puede quitar, es un «hacer». Nuestro ser sacerdotes es relativo, o sea, está en «relación a...». El ser nuestro se relaciona íntegramente con nuestro hacer, y nuestra práctica determina lo que somos. Con otras palabras, somos lo que hacemos, y nuestro hacer determina lo que somos respectivamente. Para el Papa, «en Jesús, Persona y Misión tienden a coincidir». Tal identificación –continúa el Sumo Pontífice– es real porque se fundamenta en la filiación de Jesús vivida hasta sus últimas consecuencias. Este es el estilo a *pro* seguir.

Pero hay más. Es propio del sacerdote el «hacerse presente» especialmente en las periferias de esta historia, allí donde todas las necesidades están a la orden del día, donde el pecado campea soberbiamente, donde la vida está seriamente amenazada, donde el presente niega abiertamente el futuro de Dios y la vocación última a la que hemos sido llamados todos nosotros, la de ser hijos y hermanos. De la vida del Cura de Ars, Benedicto XVI resalta el hecho de que cualquier situación le era favorable –y esto vale también para nosotros los cristianos– para predicar y hacer real el Reino de Dios. Y, según el estilo de Jesús, esta misión no se hace en solitario, sino que el sujeto último de la misma es «el pueblo sacerdotal», laicos y ministros ordenados juntos, siendo creativos y eficaces, sabiéndose llamados, perdonados y enviados por Dios Padre a colaborar en la misión de Cristo.

El canal por excelencia para llevar a cabo lo apenas dicho es el propio testimonio de vida, un «vigoroso testimonio evangélico» lo llama el Santo Padre. Que nosotros seamos hombres y mujeres de fe, que tenemos a Dios por dentro, que es el Señor de nuestro corazón, que orbitamos en su presencia, es algo que debe hacerse históricamente presente entre nosotros y en la realidad en que vivimos. En primer lugar, debemos dar testimonio de ser hombres y mujeres de oración, que dedicamos diariamente el tiempo cualitativamente mejor al cultivo de la relación con Dios. Segundo, debemos dejar claro que fa-

vorecemos «el círculo virtuoso» del que habla el Papa, a saber, que el principio de nuestra existencia y praxis que es el amor misericordioso de Dios (que Juan María Vianney hacía patente a través del sacramento de la Reconciliación), está respectivamente relacionado con el fundamento de nuestro ser cristianos que es la comunión (que Juan María Vianney historizaba en la celebración de la Eucaristía). Finalmente, debemos profesar realmente nuestra convicción en el «diálogo de salvación», único capaz de convertir nuestros corazones y nuestras vidas, porque lo que trasmitimos primera y primordialmente no son conocimientos sino la verdad del amor, el amor de verdad. Nosotros creemos que la historia jamás acaba en punta, sino que siempre da y debe dar más de sí. Estamos convencidos que, más fuerte que la muerte es el amor.

La carta de Benedicto XVI hay que leerla con una inicial simpatía, buscando resaltar aquellos elementos inspiradores que llevaron al Santo Padre a redactarla y proponerla a la Iglesia universal y que por cuestiones de espacio y tiempo no podemos tratar aquí (es bastante rica, por ejemplo, la propuesta que el Sumo Pontífice hace de la vivencia de los consejos evangélicos partiendo de la vida del Cura de Ars). La carta es una invitación a vivir enraizados en la realidad, «intensa e incisivamente», dando un testimonio de vida que sabe de fraternidad, porque los ministerios son ejercidos horizontalmente, a beneficio del Cuerpo entero, pero también sabe de servicio, pues favorece una algarabía de carismas potenciados desde dentro. La carta es una invitación a que sean reales hoy también entre nosotros «el torrente de misericordia divina» y la comunión.

EL «LUGAR» DEL SACERDOTE

Nos encontramos inmersos en un nuevo contexto. ¿Cuál es? Desde el punto de vista eclesial el rol «sacral» tradicionalmente atribuido al sacerdote hoy día no dice mayormente nada a un número considerable de cristianos. La situación se agrava si tomamos en cuenta el papel del sacerdote en nuestras sociedades, relegado a los límites que le imponen dentro de un territorio parroquial, o como protagonista mediático de escándalos y crímenes. Sin embargo, para nosotros el estado de la cuestión arranca con una pregunta que tenemos entre manos desde hace un buen tiempo, a saber, ¿qué lugar ocupa el sacerdote en esta realidad?

La pregunta no es retórica ni circunscrita solamente a la realidad «ministros ordenados», sino que involucra a la Iglesia universal, que está en

constante reacomodo a partir del Concilio Vaticano II. La pregunta por el sacerdocio ministerial es en definitiva la pregunta por la Iglesia, por el cómo la concebimos y qué lugar debería ocupar en esta historia. Por ejemplo, si la idea fundamental de Iglesia que poseemos y favorecemos es la *jerárquica*, y la Iglesia católica es también jerárquica, pero no sólo, el ministro ordenado tiene bien determinado su lugar. El sacerdote sería un funcionario dentro de una estructura que exige se respeten taxativamente límites y competencias. Su misión está determinada primeramente por su fidelidad a dicha estructura jerarquizada, antes que a otras urgencias. En cambio, si la idea de Iglesia con que «nos movemos y somos» responde a la *comunión*, o al *Cuerpo de Cristo* o a la Iglesia *Pueblo de Dios*, seguramente que el sacerdocio cobraría otros matices complementarios y enriquecedores.

Volviendo al punto sobre el *lugar* que ocupa el sacerdote dentro de la comunidad, la reflexión teológica ha respondido a esto de *tres maneras*, acentuando en momentos históricos determinados una de ella sobre las otras dos, o mezclando al menos dos de ellas, determinando así la comprensión y el ejercicio pastoral del sacerdocio. Las tres maneras de entender el ministerio operan en nosotros, y nosotros las prolongamos o las rechazamos. Hay quienes sostienen que el lugar que debe ocupar el sacerdote tiene que ver con la *función* que el ministro está llamado a desempeñar dentro de la asamblea. La función nace de una necesidad, y es la asamblea la que encomienda la misión. Una segunda respuesta ve el sacerdocio en términos *ontológicos*: con la ordenación sacerdotal, el candidato es introducido en un «*ordo*» recibiendo una nota que lo caracterizará a partir de ese momento y para siempre; esa nota es indeleble, cambia la esencia misma de la persona. Desde el momento de su recepción, esta nota no abandonará al candidato así se renuncie a ejercer el ministerio pastoral. La tercera respuesta es una *combinación* de las anteriores: a la asamblea de los convocados, y a sus respectivas necesidades, Dios responde llamando de modo especial a algunos de dentro de la comunidad, y en consonancia con sus dones y carismas, a que ejerciten esta función. La Iglesia reconoce esta vocación, la cultiva, la forma y la devuelve a la comunidad para que continúe su desarrollo dentro de ella, dirigiéndola y dejándose llevar por la comunidad, enseñándole y aprendiendo, reconociendo el «bien decir de Dios», bendiciéndola, y recibiendo las bendiciones que el Señor le otorga a través de su Pueblo sacerdotal. La «esencia» estaría determinada, a partir del bautismo, sacramento base y común a todos los cristianos, por «lo que se hace»; y lo que se hace tiene que ver con lo que se es. Llegado el

momento en que las fuerzas físicas del sacerdote mermen, él es lo que fue e hizo. Esto último es su cáliz y patena a presentar el día del Banquete en la Mesa Compartida, cuando ante PapáDios asuma la nota más excelsa a la que aspiramos, la de hijos y hermanos.

LA MISIÓN DEL SACERDOTE

Hemos dicho anteriormente que la Carta del Santo Padre ha de ser acogida con simpatía. La invitación de Benedicto XVI a volver nuestra mirada de manera especial sobre esta realidad que forma parte del ser de la Iglesia genera ánimo y esperanza, deseos honestos de ahondar en la comprensión que poseemos del sacerdocio de modo que lo vivamos lo más auténtica y cristianamente posible. Sin embargo, con sumo respeto, nos permitimos también llamar la atención sobre algunos aspectos que no están presentes de manera explícita en la Carta (y que consideramos son importantísimos para el ITER).

En primer lugar, inferimos que el Papa al tomar como punto de partida de la Carta la figura del «Patrono de los párrocos» nos esté diciendo que ser sacerdote es ser párroco. Es cierto que el ejemplo del Cura de Ars no fue tomado arbitrariamente, y que hemos celebrado el 150 aniversario de su «Dies Natalis», así como es cierto que la Carta no contiene mínimamente referencia explícita alguna a otras formas de ser, vivir y ejercitar el sacerdocio distinto a como lo es, vive y hace un párroco. Podemos ser y ejercitar nuestro ministerio sin que ello signifique necesariamente ser párrocos.

En segundo lugar, y en estrecha relación con lo apenas dicho, hay que hacer notar que la *misión* sacerdotal, lo que es el ejercicio pastoral de los sacerdotes, su praxis, su colaboración con *la misión de Cristo*, no se circunscribe únicamente a la parroquia. Lamentablemente no podemos profundizar el argumento por cuestiones de espacio, pero es un tema pendiente dada su importancia.

Por último, se echa en falta alguna alusión a la gravísima responsabilidad que adquiere quien es ordenado sacerdote, es decir, el hecho de que él está al servicio de la Palabra de Dios, es su oyente y pregonero, para esto ha hecho profesión pública y sacramental. El sacerdote está al servicio de la Palabra de Dios, que es Jesús, que nos es dada en esta realidad, no al margen de ella, y en el seno de una comunidad que opta por esta Palabra responsable-

mente. Pues bien, quien está al servicio de la Palabra proclama que el Señor –y él mismo– quiere una sociedad nueva y mejor con respecto a la actual, proclama asimismo que a pesar de todas las apariencias y contradicciones el amor triunfará, pues es Dios quien penetra en profundidad nuestra historia, y proclama en definitiva que todo esto se hace al modo de Jesús, teniendo como modelo su Palabra y su praxis.

Una invitación para el ITER

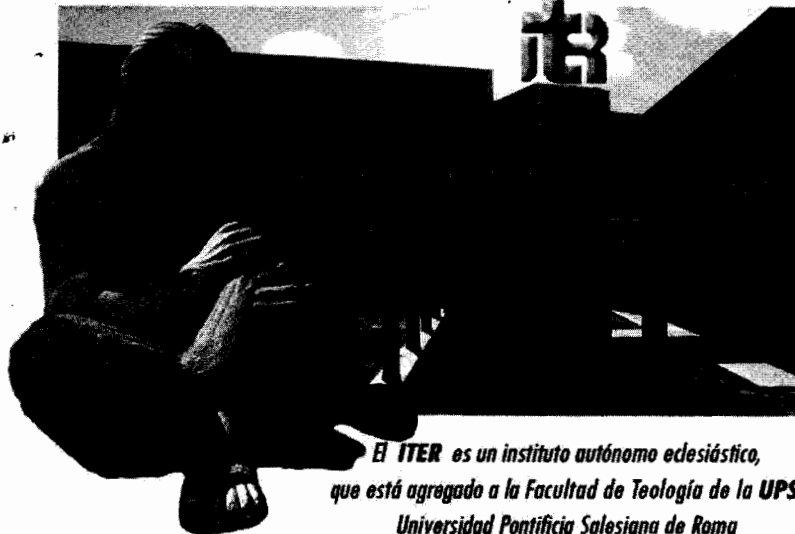
Hemos iniciado nuestro aporte trayendo a colación la propuesta del Santo Padre de celebrar un Año Sacerdotal porque tal invitación nos interesa sobremanera. Sin ánimo alguno de propiciar divisiones o distinciones estériles entre laicos y ministros ordenados, porque conducen a derroteros estancos, acogemos tal propuesta porque toca también una realidad muy nuestra, no exclusiva, pero sí considerable, es decir, el ITER forma a un número consistente de sus alumnos para el sacerdocio ministerial. Lo dicho entonces es una invitación que involucra a todo el ITER (personal obrero y administrativo, alumnos/as, laicos/as y religiosos/as, claustro de profesores e investigadores), de modo que los que hacemos vida en él digamos algo a esta realidad, desde el resto de las demás realidades, y de igual modo que el ministerio ordenado –en su teología– tenga algo que decirle al ITER hoy para que podamos honestamente enraizarnos en nuestra realidad eclesial venezolana.

El ITER, en cuanto facultad de teología, suponemos asume como dada la presencia de ministros ordenados en el seno de la Iglesia católica, pues él mismo está actualmente formando también a futuros sacerdotes; otra cuestión es cómo afinar siempre más cristianamente el instrumento para que en todo lo que hagamos Dios sea el primer servido junto con aquellos que Él ama preferencialmente. Lo que nos atrevemos humildemente proponerle al ITER recoge una idea expresada por el P. Pedro Arrupe, S. I. y que bien puede calzar para los siervos de Cristo que han sido llamados a servir a la comunidad cristiana como ministros ordenados, de modo que sean cada día más hombres enraizados en la realidad, a ejemplo del Santo Cura de Ars, que fue un sacerdote del pueblo y para un pueblo. Decíamos pues que como facultad de teología deberíamos tener siempre presente en nuestro horizonte si «estamos formando hombres que han logrado cierta madurez y unidad interior, de modo que toda experiencia de Dios es acción por los demás, hermanos y hermanas, y toda acción por los demás es tal que les revela al Padre y les une a Él más afectiva y comprometidamente».

Hemos dicho que K. Rahner define a sacerdote como el hombre del corazón traspasado. Permítasenos concluir con sus palabras, pidiendo disculpas de antemano por lo largo de la cita:

«¿Cómo habrá de ser y comportarse el sacerdote del mañana, para corresponder de algún modo a lo que le exige su misión? (...) En una palabra, el sacerdote de mañana habrá de ser un hombre con el corazón traspasado, el único que puede proporcionarle la energía necesaria para su misión. Con el corazón traspasado: traspasado por la existencia sin Dios, traspasado por la locura del amor, traspasado por la falta de éxito, traspasado por la experiencia de la propia miseria y de su radical incertidumbre, pero convencido de que únicamente tal corazón puede proporcionar la energía para cumplir la misión; y convencido también de que ni la autoridad inherente al ministerio, ni la validez objetiva de la palabra, ni la eficacia del opus operatum de los sacramentos, podrán convertirse en el suceso salvador por medio de la gracia de Dios, si no llegan al hombre a través del medio inefable de un corazón traspasado. Y digo que es un hombre con el corazón traspasado, porque debe llevar a los hombres al centro más íntimo de su existencia, por tanto a la raíz del corazón, y no estará en condiciones de hacerlo, si él mismo no ha encontrado su propio corazón; porque este centro de la existencia, es decir, el corazón, solamente podrá ser encontrado por él y por los otros, a condición de que se acepte que está traspasado, pero por la incomprendibilidad del amor, que ha tenido bien triunfar exclusivamente en la muerte».¹

¹ K. RAHNER, *Siervos de Cristo. Meditaciones en torno al sacerdocio*, Herder, Barcelona 1970, pp. 136-139.



*El ITER es un instituto autónomo eclesialístico,
que está agregado a la Facultad de Teología de la UPS,
Universidad Pontificia Salesiana de Roma*

Títulos eclesialísticos expedidos por la UPS, Universidad Pontificia Salesiana, de Roma

Se ofrecen las siguientes opciones de carreras con los correspondientes títulos, válidos en el foro eclesialístico.

1. Bachillerato:

- *En Filosofía*
- *En Teología*

2. Programa de Estudios Avanzados en Teología

3. Licenciatura:

En Teología, tras dos años ulteriores de especialización, también de tres días semanales, martes, miércoles y jueves, con tres alternativas a elegir:

- *En Teología Pastoral.*
- *En Teología Espiritual.*
- *En Teología Bíblica-Pastoral.*
- *En Teología Fundamental.*

Para la validez eclesialística se exige siempre por parte de la CEC, Congregación para la Educación Católica de la Santa Sede, los estudios teológicos de Bachillerato, realizados en el ITER o en otra institución eclesialística que otorgue los mismos títulos de Bachillerato.

Para mayor información diríjase a ITER- Instituto de Teología para Religiosos, 3ª Avenida con 6ª Transversal (E. Benaim Pino) Altamira. Apartado de Correos 68865 Caracas 1061-A. O llamar a los teléfonos (0212) 261.8584. Fax (0212) 265.0505. E-mail: contacto@ iter-ups.org